

«ESTE BANCO ME DEBE DINERO». PROTESTA, IDENTIDADES Y OPORTUNIDADES EN EL SECTOR DE LA BANCA ALBACETENSE EN LOS AÑOS SESENTA *

Óscar Martín García

1. INTRODUCCIÓN

Franco murió en la cama el 20 de noviembre de 1975. La defunción del dictador no fue seguida automáticamente, contradiciendo el vaticinio largamente sostenido por la oposición política, por el derrumbamiento del régimen. No hubo ruptura ni interregno revolucionario alguno, el cambio político fue el resultado de una reforma nacida de la propia legalidad franquista, controlada y en buena manera protagonizada por los sectores provenientes del antiguo régimen¹. El epicentro definitivo y final del proceso no estuvo en la calle, pasó a los despachos en los que dominaron, en clave electoralista, las tácticas de los diferentes líderes políticos².

A estas alturas resultaría ocioso incidir en el decisivo papel protagonizado por las negociaciones cupulares que tuvieron lugar principalmente a partir de 1977, si bien es preciso señalar que únicamente representan «la culminación de un proceso más largo y más general que precisamente es la fundación necesaria de los términos en los que se desarrollan estas negociaciones»³. La visión del

* Este trabajo forma parte de la investigación desarrollada en el marco del proyecto de investigación del Ministerio de Educación y Ciencia BHA2002-03897 «Sociabilidad y movimientos sociales en Castilla-La Mancha (1959-1986)».

1. MARTÍN VILLA, R., *Al servicio del Estado*, Barcelona, Planeta, 1985, pp. 50-53.
2. PAGNUCCO, R., «The comparative Study of Social Movements and Democratization», *Research in Social Movements, Conflict and Change*, n.º 18, 1995, pp. 159-161.
3. TARROW, S., «Mass Mobilization and Regimen Change: Facts, Reform and Popular Power in Italy (1918-1922) and Spain (1975-1978)», en GUNTHER, R., *The politics of Democratic Consolidation*, Baltimore, John Hopkins Press, 1985, pp. 207-208.

pactismo entre elites como epílogo de un proceso de mayor alcance, el cual hunde sus raíces en la aprobación de la Ley de Convenios Colectivos de 1958 y en la oleada huelguística de 1962, confiere a las luchas sociales un papel muy importante en la lenta agonía del franquismo. La presión popular ejercida desde abajo a partir de los años sesenta contribuyó de forma esencial a la progresiva emergencia del proyecto democrático y al allanamiento del camino transitado por las elites en el diseño de un nuevo sistema institucional en la parte final del proceso.

Es en el marco teórico que estudia las relaciones entre sociedad civil y cambio político en el que se inserta el trabajo aquí presentado. El análisis de los militantes de banca de Albacete trata de incidir en el carácter complejo, diverso y heterogéneo del antifranquismo. El cual ha sido habitualmente identificado, de manera un tanto simplista, con los sujetos colectivos de los grandes centros fabriles y con las organizaciones políticas y sindicales de oposición. La protesta articulada en el sector de banca estuvo desvinculada orgánicamente de la oposición clandestina, tuvo la colaboración de algunas elites franquistas, fue relativamente moderada y se centró en la utilización de los cauces institucionales ofrecidos por la legalidad franquista. Elementos que no estaban reñidos con la oposición frontal a la burocracia vertical y la progresiva politización de unas demandas de indudable sentido democrático. Este movimiento «reformista», lejos de quitar importancia al papel de los sujetos colectivos en la crisis del régimen, indica precisamente la socialización de la protesta e incide en la visión de un frente de oposición no identificado con un actor unívoco sino con una variada amalgama de identidades, trayectorias y objetivos diferentes que convergieron en el antifranquismo. La existencia de un combativo grupo de enlaces de la banca en una ciudad como Albacete demuestra que existió antifranquismo en los años sesenta en aquellas zonas desmovilizadas y «excluidas» de los efectos modernizadores del desarrollismo, si bien éste quedó reducido a núcleos de trabajadores inquietos e independientes de las organizaciones políticas de oposición, que habitualmente provenían de los movimientos de la Iglesia y que inicialmente no identificaron su compromiso —exclusivamente reivindicativo— con un proyecto de tinte democrático.

2. CONVERGENCIA Y REACCIÓN ANTE EL DESAFÍO

La emergencia de una vigorosa protesta, sobre todo en los setenta, en colectivos laborales del sector servicios (enseñanza, sanidad, banca, Administración, etc.) indicaba un significativo cambio de lealtades, el desprestigio del régimen también se dejaba notar en aquellos estamentos sociolaborales que le habían dado la bienvenida en 1939⁴. La extensión del disenso a técnicos, cuellos blancos, profesionales, etc. en los años setenta tuvo su antecedente en la

4. BALFOUR, S., *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1994, pp. 169-171.

aparición de un pujante movimiento disidente en la banca durante la década anterior.

La protesta de los empleados de banca estuvo en buena medida motivada por el empeoramiento de las condiciones laborales. Si bien su situación era levemente más favorable que la de los asalariados de las fábricas y los talleres, la realidad laboral a la que estaban sometidos en sus centros de trabajo se asemejaba progresivamente a la de los obreros manuales. Repetición de faenas resultado de la introducción de métodos fordistas de producción, largas jornadas de trabajo, precariedad laboral, trato despectivo por parte de los superiores, etc. fueron moneda común de las relaciones laborales en la banca. J. Herreros, quien fuese enlace de la Central Contable de Banesto, recuerda el hastío propio de unas labores cotidianas basadas en la continua repetición de unas tareas divididas y simplificadas, que quedaban limitadas a «una cosa cerrada, donde lo único que veías eran listados y números para cuadrar»⁵. Según T. Carrión, enlace de Banesto, «te tocaba una pequeña parte [...] Era un trabajo muy repetitivo, era muy monótono». Monotonía a la que se unían prolongadas jornadas de trabajo estrictamente controladas por los encargados, en la Central Contable «estábamos trabajando desde las siete de la mañana. Habíamos salido a comer a las dos, habíamos vuelto a las tres, y a las doce y media de la noche, el apoderado, que era el jefe inmediato, dijo: *bueno chicos iros a dormir que mañana a las siete tenéis que estar aquí*. Y eso era una cosa habitual.». La Central quedaba estructurada en torno a «una planta baja, y sobre la planta baja dos despachos con cristaleras donde el director y el subdirector nos podían ver a todos, a través de allí nos estaban mirando permanentemente. Además, había un apoderado que dirigía cada trozo de aquello»⁶. B. González, enlace del Banco Central, resalta el limitado tiempo del que los operarios disponían para el descanso, para el almuerzo o para ir al aseo, todo ello bajo la atenta vigilancia de los encargados⁷. Las condiciones de higiene también dejaban mucho que desear, aunque la banca «era de los negocios más vistosos de la época y se esmeraban un poco más», en las oficinas «había muchas carencias de cosas, mucha falta en los aseos, en las toallas, en la limpieza, había mucho humo»⁸.

La asalarización, la superespecialización, el sometimiento a la empresa y algunas situaciones de precariedad indicaban el proceso de convergencia entre las condiciones laborales de los obreros fabriles y las de los empleados de banca.⁹ Tendencia a la proletarización del trabajo en las oficinas que poco a poco fue generando cierta correlación de intereses entre operarios manuales y empleados de banca. Sin embargo, la protesta inicial de éstos no provino de esa incipien-

5. Entrevista con José Herreros, 5-7-2005. Todos los testimonios orales citados en este trabajo han sido depositados en el Centro de Estudios de Castilla-La Mancha (CECLM) de la Facultad de Humanidades de Albacete (UCLM).

6. Entrevista con José Herreros.

7. Entrevista con Blas González (I), 14-7-2005.

8. Entrevista con Telesforo Carrión, 26-10-2005.

9. BABIANO, J., *Emigrantes, cronómetros y huelgas*, Madrid, Siglo XXI, 1995, p. 97.

te comunión con los tradicionales intereses del obrero fabril, sino de todo lo contrario, de la reacción contra las condiciones laborales que menoscababan una determinada posición de clases medias. Las primeras reivindicaciones de los empleados de la banca, concentradas en la Central Contable a inicios de los sesenta, respondían al intento de mantener una posición sociolaboral privilegiada, a la movilización contra las condiciones laborales que les aproximaban al proletariado de «monos azules». Los empleados de la banca habían desarrollado cierta sensación de diferenciación sociolaboral, pues éste era «un empleo privilegiado, donde no se producía nunca un despido, donde tenías el trabajo asegurado y donde tenías un sueldo que entonces parecía importante». Situación que fue percibida bajo amenaza cuando «se pasaron en el poder que ejercían los dirigentes de la Central Contable». Por ello, las reivindicaciones planteadas en aquel entonces representaban la reacción contra las «injusticias manifiestas que no podíamos consentir» desde la autopercepción de trabajadores privilegiados y pertenecientes a las clases medias¹⁰. Fueron unas protestas limitadas a un determinado centro de trabajo en el que sus empleados se movilizaron ante la necesidad de salvaguardar cierto aristocratismo laboral, no en base a una solidaridad de clase o a una ideología obrerista, ya que «nuestra posición no fue nunca una posición obrerista porque no nos considerábamos obreros»¹¹. Curiosamente esta movilización, que pretendía evitar el empeoramiento de unas condiciones laborales que socavaban la posición de clases medias, desarrolló cierto mimetismo con las iniciales formas de organización obrera: las bases comenzaron a autoorganizarse de forma espontánea e informal ante los abusos nacidos de la práctica laboral cotidiana en las oficinas bancarias, utilizando los limitados cauces proporcionados por la legislación laboral franquista (peticiones, cartas colectivas, etc.).

3. LA ADOPCIÓN DE UNA IDENTIDAD OBRERA

El cambio en la naturaleza de la protesta en el sector de la banca estuvo determinado por la introducción de un reducido grupo de empleados en la Acción Católica y en sus movimientos especializados. La participación en estos movimientos y el contacto cotidiano con unas condiciones laborales en deterioro hicieron que una minoría inquieta comenzase a desarrollar cierta autoconciencia y una identidad desvinculada del anterior sentimiento de pertenencia a las clases medias. El análisis de vida les hizo comprender que sus condiciones de trabajo planteaban una mayor identificación con las de las clases trabajadoras: «Teníamos los mismos problemas» pues «éramos todos obreros»¹². Para T. Carrión «la inquietud de los que salen de banca al mundo sindical», gracias a la concienciación en los grupos cristianos, viene «de esa diferencia que se va

10. Entrevista con José Herreros.

11. Véase GOLDTHORPE, J. y LOCKWOOD, D., «Affluence and the British Class Structure», *Sociological Review*, vol. II, n.º 2, 1963.

12. Entrevista con Blas González (I).

acortando» entre las condiciones de vida del obrero y del empleado de banca, ya que éste «está sometido a una presión y conforme se va equiparando a los demás va estando en más consonancia con los otros sectores». El Sindicato Vertical propició las estructuras de contacto entre empleados de banca y de otros sectores en los que se fue tejiendo una incipiente comunidad de intereses: «La solidaridad con los trabajadores se fue fomentando poco a poco en la medida en que ibas teniendo contactos con otros ramos en el Vertical». Aunque, como luego veremos, la acción emprendida desde la banca tuvo unos objetivos muy semejantes a los del resto de la clase trabajadora, las formas no fueron iguales, se diferenciaron precisamente en función de su situación en la frontera de clase. B. González adquirió una identidad obrera porque «entré en el banco limpiando escupideras, yo entré en el banco y nos dijeron *entre el día y la noche no hay pared* [...] trabajábamos los domingos gratis, y hacíamos montones de horas» y sobre todo por «el estudio en las JOC [...] Nosotros cogíamos un hecho [...] y empezábamos a trabajar [...] y ese mensaje [el del compromiso social cristiano] lo traducimos ahí». La situación objetiva en el trabajo se fusionaba con una interpretación de ésta en términos de clase: a las «experiencias comunes» de E. P. Thompson se le unían los «lenguajes de clase» de Stedman Jones¹³, para lo cual fueron muy importantes los contactos trabados en el seno de las JOC con curas obreros que estaban realizando una importante labor social en las barriadas obreras de la periferia¹⁴.

La adquisición de una identidad obrera estuvo estrechamente vinculada a la toma de conciencia sobre la explotación sufrida. Ésta se basaba en la confirmación de que el «duro que se ganaba» por el banco no era repartido entre los trabajadores «como debía de ser» y por ello «nos sentíamos explotados». Las ganancias obtenidas por la parte empresarial fueron enmarcadas como injustas, el desigual reparto de los beneficios les hacía sentirse «injustamente tratados», y «por eso peleábamos»¹⁵. Asimismo T. Carrión consideraba que los beneficios del banco «eran muy disparatados, siempre han sido muy disparatados [...] El beneficio de los grandes bancos [...] era excesivo en relación a los salarios que se tenían [...] No me gustaban esas diferencias tan grandes en los beneficios porque consideraba que se debía participar un poco más en los beneficios de las empresas [...] Te sentías un poco explotado».

No hay que olvidar que únicamente fueron unos cuantos, una minoría embarcada en los movimientos cristianos, los que desarrollaron un compromiso obrero y combativo ante la autosatisfacción de las clases medias generalizada entre la mayoría de los empleados de banca¹⁶. Fue desde este grupo de operarios

13. Ambos citados en PÉREZ LEDESMA, M., «La formación de la clase obrera: una creación cultural», en CRUZ, R. y PÉREZ LEDESMA, M., *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, p. 213.

14. Entrevista con Blas González, (I).

15. Entrevista con Blas González (I).

16. TEZANOS, F. et al., *Las nuevas clases medias. Conflicto y conciencia de clase entre los empleados de banca*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1973, p. 169.

inquietos de donde nacieron los diferentes esfuerzos por extender una identidad obrera entre los empleados del sector, intentos que estuvieron dirigidos a crear una determinada interpretación de la situación sociolaboral que motivase para la acción. Es importante apuntar que los primeros esfuerzos en esta dirección en el Albacete de los sesenta no provinieron de los obreros fabriles o del contacto cotidiano con la miseria, el impulso inicial nació de un pequeño núcleo de empleados de banca que progresivamente adquirieron cierta cualificación y cuyos salarios eran algo superiores. Parte de su compromiso nacía de la reacción ante el empeoramiento de las condiciones laborales en la banca durante el desarrollismo, que podía dificultar sus aspiraciones de movilidad laboral, si bien la gran mayoría de ellos se promocionaron en sus trabajos. Como dice T. Carrión, el malestar nacía de que «entre tu forma de pensar y la realidad de la vida hay una diferencia muy grande y eso te lleva a sentirte un poco diezmado en tus posibilidades o en tus concepciones de lo que vas persiguiendo». Sin olvidar que por su formación, participación en los movimientos cristianos y actividad en organismos oficiales desarrollaron mayores capacidades cognoscitivas que el resto de asalariados¹⁷. Este limitado grupo se embarcó en un proceso de elaboración de marcos, cuyo principal objetivo fue la creación de una identidad obrera que legitimase la reivindicación, a la cual se superpusieron posteriormente elementos antifranquistas y democráticos.

Los esfuerzos enmarcadores desarrollados por los líderes del movimiento encontraron su base en un creciente sentimiento de privación relativa que se articuló en torno a la percepción de una desigual distribución social de los derechos y privilegios. A partir de ahí se generó un marco de injusticia en el que causas y responsables aparecieron perfectamente identificados: «Nosotros», trabajadores de la banca, somos víctimas de una injusticia causada por «ellos», la parte empresarial. Si bien cabe destacar, como luego veremos, que dichos momentos de creación de una identidad colectiva quedaron casi siempre limitados a las situaciones de lucha. Así los empleados del Banco Central remitían a sus compañeros de otras sucursales el siguiente escrito en los días previos a la decisión del laudo que dirimió el conflictivo convenio colectivo interprovincial de 1969: «Mientras nosotros recibamos un salario que nos impone muchas veces privaciones, obligándonos a la práctica del pluriempleo, el capital bancario viene consiguiendo un grado tal de acumulación de riqueza, que en opinión de los especialistas y técnicos en la materia está causando graves perjuicios a los intereses generales del país, frenando su desarrollo económico y social. Evidentemente, las bajas retribuciones de los empleados de Banca, constituyen uno de los factores que hacen posible el incesante enriquecimiento de los propietarios del capital bancario, lo que significa que a los trabajadores se nos niega una justa participación en la riqueza que con nuestro esfuerzo contribuimos a crear». Un elemento importante que denotaba la progresiva adquisición de una identidad obrera era precisamente la dirección indicada por el dedo acusador,

17. PÉREZ LEDESMA, M., *op. cit.*, pp. 213-220.

éste no se dirigía a los obreros fabriles, cuya lucha y triunfos durante los años sesenta representaban una progresiva disolución de los límites de clase, sino que el enemigo era el empresario.

Tampoco faltaron las referencias encaminadas a legitimar la propia acción, ésta era enmarcada como la mejor herramienta de presión y de consecución de mejoras¹⁸. No era otra la intención de los miembros de la sección social cuando hicieron circular entre los trabajadores el acta de una de sus reuniones en la que un vocal interpelaba a la presidencia sobre las razones por las cuales existían desigualdades en los horarios de varias sucursales de las Cajas de Ahorro. Tras un debate se llegó a la conclusión de que precisamente los diferentes horarios estaban relacionados con los diversos niveles de combatividad existentes en cada oficina, y por lo tanto «muchas de estas variaciones son mejoras que se consiguen de las empresas»¹⁹. El mensaje no ofrecía dudas: las plantillas más activas solían disponer de unas condiciones laborales más favorables producto de la lucha, mientras que aquellos que permanecían sumisos no obtenían mejoras.

El momento privilegiado de construcción y extensión de la identidad fue el propio conflicto. Como hemos visto con anterioridad, el enfrentamiento en torno al difícil convenio de 1969 activó la utilización de unos determinados recursos culturales, en este caso la injusta distribución desigual de los beneficios obtenidos de la actividad bancaria. Se puede hablar de una cultura del conflicto, pues como señala Rafael Cruz «las herramientas culturales que posibilitan la participación de la gente en las movilizaciones son seleccionadas en medio de la acción colectiva que deriva del propio conflicto»²⁰. Asimismo en la dura negociación que presidió otros convenios los trabajadores de banca incidieron en la denuncia de la actitud de cierta prensa que trataba de desprestigiar sus reivindicaciones asignándoles la etiqueta de empleados privilegiados. En torno al convenio de 1971 la sección social hizo hincapié en la identificación entre sus demandas y las del resto de trabajadores, y manifestaba el malestar «producido entre los trabajadores de banca privada, como consecuencia de los artículos aparecidos en los diarios *Pueblo e Informaciones* [...] ante las manifestaciones contenidas en dichos artículos puesto que [...] pueden crear un clima tendencioso en contra de las aspiraciones de los trabajadores de esta actividad».²¹ En la vertiente simbólica del conflicto los dirigentes del movimiento utilizaron la autorreflexividad como actores sociales que habían adquirido conciencia de su identidad, y exigieron el reconocimiento social por parte de sus oponentes. El conflicto provino del intento de afirmar una identidad que era negada por

18. GAMSON, W., «Constructing Social Protest», en JOHNSTON, H. y KLANDERMANS, B., *Social Movements and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1995, p. 95.

19. AHPOS, Sindicato de Banca, caja 2670.

20. CRUZ, R., «La cultura regresa al primer plano», en CRUZ, R. y PÉREZ LEDESMA, M., *op. cit.*, p. 33.

21. AHP, Libros de la O.S de Albacete, Actas del Sindicato de la Banca, libro 443.

otros²². Así la UTT de la banca avisaba de que «combatiremos con todas nuestras fuerzas las campañas del capital, por medio de la prensa y otros medios de difusión, encaminados a la opinión pública para tratar de que se nos considere trabajadores privilegiados, cuando es lo cierto que nuestras necesidades van paralelas a las de la mayoría de los de otros sectores de la producción»²³. Las situaciones conflictivas, especialmente durante la negociación colectiva, se convirtieron en campos de batalla en la atribución de significados que trataban de deslegitimar las aspiraciones del oponente²⁴. En estos momentos de pugna simbólica por la asignación identitaria los empleados de banca resaltaban su adscripción a la clase obrera mientras que empresarios y medios de comunicación afines aludían al radicalismo economicista de aquellos que disfrutaban de unas condiciones laborales más favorables que el resto de la clase trabajadora. Así la parte empresarial pretendía quebrar la identificación entre empleados de banca y obreros que evitase la puesta en funcionamiento de procesos de solidaridad entre trabajadores. El poder patronal hizo hincapié en una imagen muy extendida socialmente y contra la que los empleados de banca más concienciados tuvieron que luchar. Como dice B. González «hay que reconocer que el banco era uno de los sitios posiblemente menos peligrosos y mejor mirado» pero había que pelear mucho para «poder vivir un poco mejor», pues «éramos todos obreros». «Teníamos los mismos problemas, lo que pasa es que vestía mucho: cuando yo me hice novio con mi mujer decían, y era ordenanza, *ay que suerte va a tener tu hija que se va a casar con uno del banco*. Empecé ganando 121 pesetas, ¿qué podía hacer mi madre con 121 pesetas? [...] Si dicen *es que vosotros estabais menos explotados*, también es verdad [...] pero se creían que nosotros éramos banqueros y tuvimos que decirles que éramos bancarios». En la misma línea, T. Carrión apunta que el sueldo en la banca «tenía fama de eso, la diferencia no era tanta como se decía [...] Éramos los señoritos de los trabajadores, por eso también cuando salimos con el movimiento sindical, que surgió un poco espontáneamente, a la gente le costaba trabajo darle crédito a eso, a que nosotros persiguiésemos algo en favor de los demás [...] Porque la creencia que había es que éramos los mejor pagados de los trabajadores». Con la finalidad de romper esta percepción generalizada intentaron tender vínculos con sectores manuales y buscaron contactar e implicar en la lucha a los obreros que asistían a los cursos del PPO²⁵.

En ocasiones los líderes del movimiento de banca hicieron uso de recursos culturales que se encontraban disponibles en el imaginario colectivo. La referencia a la marginación y al subdesarrollo, al arraigado sentimiento de periferia,

22. MELUCCI, A., «The Process of Collective Identity», en JOHNSTON, H. y KLANDERMANS, B., *op. cit.*, pp. 46-49.

23. AHPOS, Sindicato de la Banca, caja 2670.

24. KLANDERMANS, B., «The Formation and Mobilization of Consensus», en KLANDERMANS, B.; KRIESI, H. y TARROW, S., *From Structure to Action. Comparing Social Movement Research Across Culture. International Social Movement Research*, Greenwich, Jai Press, 1988, vol. 1, pp. 173-178.

25. Entrevista con José Herreros, CECLM.

atraso y subordinación incubado en el Albacete de los sesenta, se convirtió en elemento complementario de reivindicaciones que iban más allá de lo puramente laboral. En las referencias enmarcadoras de los líderes del movimiento aparecía un nuevo componente de la identidad que se intentaba consolidar, el antifranquismo y la lucha por las libertades democráticas. De esta forma en el contexto reivindicativo de la negociación del convenio de banca privada de 1969 y de los debates en torno a la Ley Sindical la sección social dirigió un escrito a los procuradores albacetenses en Cortes en el que señalaba que «a nadie se le oculta que Albacete es una provincia con un excedente de mano de obra considerable, como demuestra la masa de emigrantes que marcharon de estas tierras y lo continúan haciendo, lamentablemente. Hasta el momento no hemos apreciado que se tomen medidas tendentes a evitar estos desplazamientos en busca de un salario más digno, y los más, de un puesto de trabajo que aquí no tienen. Por otra parte, los pocos que quedan y en una gran mayoría disfrutan de unos jornales de miseria, que no permiten siquiera cubrir las necesidades mínimas que necesita una familia, soportando unas condiciones de trabajo muy por debajo de lo normal». El escrito concluía haciendo alusión a las dificultades que encontraban los representantes de los trabajadores para mejorar, mediante la acción sindical, las condiciones de vida de éstos, por lo que pedían mayores libertades democráticas. Progresivamente el antifranquismo se convirtió en un componente identitario consustancial de unas reivindicaciones en las que la cuestión de la representatividad marcaba la politización de las mismas: «La Comisión social deliberadora no es representativa a juicio de los trabajadores de banca de Albacete».

Los intentos por crear una identidad que promoviese la acción fueron unidos de una capacidad de inventiva que evidenciaba la importancia de la dramaturgia en la protesta. El objetivo era fomentar la confianza del empleado en la reivindicación de la que habitualmente se seguían mejoras a la vez que se evitaba la represión vertical y patronal. Con motivo del convenio de 1969 los trabajadores de banca idearon originales formas de protesta. La importancia que las empresas bancarias otorgaban a la buena apariencia e imagen de sus empleados de cara a la atención al cliente fue el arma utilizada por éstos para presionar en la negociación sin ser víctimas de despidos o sanciones. Decidieron dejarse crecer la barba, ir al trabajo en zapatillas, no hablar con los clientes cuando eran atendidos, entrar diez minutos tarde al trabajo o colocarse un pequeño pin en la solapa en el que se podía leer «este banco me debe dinero». Todas ellas eran acciones muy molestas para las empresas bancarias ya que el mero hecho de ir en zapatillas «estaba muy mal visto, si teníamos que llevar corbata, ¿tú sabes lo que era quitarte la corbata?». Un repertorio ajustado a las oportunidades, que intentaba utilizar los limitados recursos existentes, en el que mediante la carga simbólica se trataba de ir más allá de lo que la legalidad permitía a través de la propia acción. Para B. González se trataba de «hacer algo [...] entrar todos diez minutos después, *es que hemos llegado tarde*, no es lo mismo que parar [...] no hacer horas, acudir en zapatillas, brazaletes de luto.... no teníamos otras posibilidades [...] no teníamos otra cosa, lo normal es que se hubieran hecho paros,

lo normal es que se hubiera hecho una huelga, pero como eso era ponerse en la calle...».

La constante utilización por parte de los organizadores del movimiento de recursos culturales e identitarios evidenciaba la importancia de los elementos simbólicos que tejieron una identidad colectiva que bajo la bandera del antifranquismo y de la lucha por la democracia consiguió erosionar al régimen²⁶.

4. POSIBILISMO Y OPOSICIÓN SEMITOLERADA

El desarrollo del movimiento de banca se produjo principalmente a partir de las elecciones sindicales de 1966. Un grupo de empleados inquietos provenientes de los movimientos cristianos y algún falangista social descontento obtuvieron un buen número de enlaces y la presidencia de la sección social, también consiguieron la presidencia del Consejo Provincial de los Trabajadores. La introducción en el aparato vertical de una serie de jóvenes empleados de banca provenientes en su mayoría del compromiso social cristiano avalado por el propio obispo Tabera no representaba un peligro a corto plazo para los jerarcas del sindicalismo oficial. Aquellos que habían participado en los movimientos cristianos de los cincuenta adquirieron una acendrada preocupación por la problemática de las clases trabajadoras, en ocasiones no exenta de cierto paternalismo, que no implicaba necesariamente posicionamientos antirrégimen pero que conllevaba cierto apoliticismo y recelo ante la posible manipulación por parte de las organizaciones políticas de oposición²⁷. Aunque con el tiempo se politizaron, sus inquietudes iniciales eran puramente reivindicativas. En el caso del Sindicato de Banca la O.S permitió el acceso a sus estructuras a una serie de jóvenes combativos porque se consideraba que contribuirían a la revigorización del sindicalismo vertical en un momento de necesaria legitimación. Como señala José Herreros «añadíamos crédito a su Organización Sindical, a su vez que nos controlaban, y a su vez nos permitían». En el contexto del «sindicalismo de participación» promovido por la O.S «nosotros nos aprovechábamos pero también les estábamos haciendo el caldo gordo». El verticalismo tuvo que transigir de mala gana con la inquietud de dichos enlaces ante sus propias necesidades de revitalización y la desvinculación de éstos de cualquier organización de la oposición: «Del grupo nuestro de Albacete ninguno estaba politizado, ninguno pertenecía por esos entonces a un partido político en la clandestinidad. Quizás por eso, el Sindicato Vertical, aunque no le gustábamos nada, no se atrevía con nosotros a seguir una serie de intervenciones como hacía con otros que estaban más seguros de su pertenencia a algún partido político [...] Estábamos vinculados nada más que a ese grupo»²⁸. Las sindicales de 1966 posibilitaron no sólo la participación a nivel de base en la estructura institucional sino la obtención

26. LARAÑA, E., *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid, Alianza, 1999, p. 319.

27. MONTERO, F., «El giro social de la Acción Católica española (1957-1959)», en *V Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Albacete, noviembre 2003, C.D.

28. Entrevista con Telesforo Carrión.

de cargos, como el de presidente del Consejo Provincial de los Trabajadores, que formaban parte de la línea jerárquica y que facilitaron la penetración en puestos de influencia en diferentes organismos del franquismo local²⁹. A partir de entonces el núcleo activo de banca comenzó a controlar otras instituciones como las presidencias del Instituto Nacional de Previsión, de la Hermandad de Donantes y del Mutualismo Laboral. Igualmente llegaron a estar presentes en la Comisión Técnica Calificadora y algunos de sus miembros fueron consejeros laborales en los Consejos de Administración de entidades como Banesto o el Banco Central.

Aunque los militantes de banca plantearon reivindicaciones prácticamente idénticas a las del resto de la clase trabajadora, nunca fueron percibidos por las autoridades franquistas como elementos típicamente obreros. Vieron su acción favorecida por los propios prejuicios ideológicos de clase que mantenían las instituciones del régimen. La represión, si bien amenazante y no exenta de presiones y coacciones, fue más suave y tuvo ciertos miramientos con el grupo de la banca albacetense. Estos empleados no sólo habían ascendido y ocupaban puestos de cierta importancia en sus sucursales –algunos incluso aparecían fotografiados junto a los representantes del gran capital en los Consejos de Administración de bancos importantes–, también iban copando progresivamente cargos en las instituciones franquistas con el apoyo de personalidades locales del régimen. Contaron con la colaboración puntual de elementos con cierta influencia dentro del establishment franquista (el obispo, el presidente de la Diputación, algún abogado del Estado, etc.). También hay que tener en cuenta que aunque las reivindicaciones de la banca se fueron politizando y que sus líderes mantuvieron contactos con activistas de la subversión, nunca estuvieron vinculados organizativamente a grupos de oposición política, lo cual suavizaba la represión: «Aquí no ha habido nadie comprometido con un partido político mientras que existió la dictadura»³⁰.

El acceso a algunas instituciones y la buena relaciones con sectores oficiales apuntaban a la naturaleza semitolerada del movimiento en la banca, lo cual se tradujo en una acción posibilista, especialmente basada en la utilización de recursos institucionales, y por lo tanto de tintes moderados³¹. En esta línea de introducción y aprovechamiento de las oportunidades que ofrecían las instituciones también se presentaron a las elecciones municipales de 1970, si bien no fueron elegidos.

29. Entrevista con Blas González (I).

30. Entrevista a Telesforo Carrión, CECLM.

31. Un claro ejemplo de espíritu posibilista que guiaba la acción en la banca es el siguiente testimonio de T. Carrión: «el movimiento sindical por sí sólo era bastante atractivo y te permitía hacer algo por los demás. Porque el Sindicato Vertical era muy malo, pero tenía leyes que permitían moverse dentro de él y sacarle bastante fruto, lo que pasa es que las leyes se hacían y se dejaban ahí de escaparate, pero cuando tú te metías dentro e intentabas menear todos esos hilos pues sí sacabas adelante cosas».

El mencionado ascenso socioprofesional de los militantes más activos de la banca estuvo íntimamente ligado al carácter moderado de la protesta desarrollada. Si bien las primeras experiencias profesionales en la banca fueron como botones u otras ocupaciones de baja cualificación, estos empleados ascendieron al mismo tiempo que adquirieron cargos en las instituciones, no experimentaron una frustración en sus expectativas de movilidad lo cual se tradujo en unos comportamientos sindicales de carácter reformista –incluso algunos abandonaron el movimiento sindical ante sus nuevas ocupaciones directivas en otros organismos oficiales. Generalmente defendieron a aquellos que se encontraban en una peor situación, el núcleo más activo no asumió la acción sindical como instrumento de ruptura o emancipación con una situación de subordinación, pues aun sintiéndose obreros y dispuestos a defender a la clase su situación socioprofesional había mejorado, por ello sus aspiraciones solieron ser moderadas.

La semitolerancia, interesada en algunas ocasiones, de los poderes locales ante la movilización en la banca, dotó a ésta de una naturaleza posibilista que situaba a los representantes de los trabajadores en una ambigua situación en la que se mezclaban la participación, en funciones directivas, en instituciones franquistas y la utilización de recursos ilegales, si bien la utilización de éstos fue marginal en comparación con el aprovechamiento de la vía legal, etc. Pero cabe señalar que moderantismo y posibilismo no estuvieron reñidos con la oposición frontal al aparato vertical y la politización de las reivindicaciones insatisfechas ante el inmovilismo franquista. En un escrito dirigido a las autoridades y datado en 1969 señalaban que para paliar la precaria situación de los trabajadores albacetenses «los pocos que lo intentamos encontramos muchas dificultades, no siendo suficientes los medios para defendernos de las arbitrariedades de que somos objeto por parte de los empresarios, debido a las normas que regulan nuestra situación laboral». Por lo que demandaban un sindicato que cumpliera los siguientes requisitos: «1) independencia respecto al Estado, grupos políticos y cualquier otros, 2) que sea sólo de trabajadores, los empresarios que formen el suyo propio, 3) que todos los dirigentes, hasta el más alto nivel, sean elegidos por los trabajadores y 4) garantías totales para los que ejerzan cargos representativos. Por otra parte el patrimonio de la actual Organización Sindical pasará a depender solamente de los trabajadores»³².

El acceso a las instituciones y una cierta tolerancia recreaban una situación más favorable para la acción de los militantes de la banca. Pero éstos también se supieron aprovechar de otra apertura en la estructura política: el enfrentamiento entre elites que fomentaba la división interna. Dicha escisión hizo que algunas elites se mostrasen más proclives a aceptar ciertas demandas de los disidentes con la finalidad de aumentar su propia influencia política dentro del establishment franquista. Los representantes de la banca se beneficiaron, a la vez que también fueron utilizados, de las disputas existentes entre las auto-

32. AHP, Libros de la O.S. de Albacete, Actas del Sindicato de la Banca, libro 443.

ridades de la Delegación de Trabajo y de la O.S., en lo que era un frente más del enfrentamiento entre los falangistas del Movimiento y los tecnócratas del Opus durante los años sesenta. Como señala J. Herreros: «mientras luchábamos contra unos, les dejamos apoyarse en nosotros a los otros, y dejar que la lucha aquella a escala nacional continuara». Los líderes sindicales de la banca obtuvieron puntualmente la colaboración de las autoridades laborales, la cual reflejaba el intento de desprestigiar a la O.S mediante un acercamiento a las demandas de la disidencia sindical. Ante la habitual inhibición del verticalismo los militantes encontraron en la Inspección de Trabajo una herramienta para presionar a los empresarios. En un informe sobre la gestión de la sección social durante 1969 su presidente hizo hincapié en «la colaboración prestada por la Inspección Provincial de Trabajo, la cual ha girado visitas a diversas empresas, en alguna de las cuales ha levantado acta de infracción»³³.

Las fluctuaciones existentes en la estructura política influyeron en el desarrollo, los objetivos y los repertorios adoptados por el movimiento sindical en la banca. La apertura institucional representada por las elecciones sindicales y la semitolerancia que propició la obtención de cargos en organismos franquistas, junto al apoyo recibido en ocasiones por elites del propio régimen, configuraron un movimiento moderado, de carácter reformista, que al no encontrar sistemáticamente obturados los cauces oficiales primó la acción a través de la vía institucional sobre la acción clandestina. La conflictividad en la banca fue fiel reflejo de las contradicciones de los movimientos situados en las fronteras de clase, en los cuales se conjugaron la conciencia del proceso de proletarianización sufrido que les acercaba a las clase obrera con unas condiciones laborales levemente favorables a las del resto de trabajadores, una capacidad superior de promoción sociolaboral tanto en el centro de trabajo como en las instituciones franquistas y un menor nivel de represión sufrida³⁴.

Como conclusión final, señalar que el movimiento de banca albacetense representaba una arista más de un amplio movimiento que bajo una identidad antifranquista y democrática reunió un ancho haz de sensibilidades políticas (desde la extrema izquierda hasta los que ya en la transición recalaron en UCD). El análisis de la movilización de banca resalta el papel de aquellos que, impregnados del espíritu del pensamiento social del Vaticano II, comenzaron a reivindicar pequeñas mejoras en sus centros de trabajo desde el aparato vertical, ajenos a que esa inicial reclamación puramente laboral les llevaría a formar parte del proyecto democrático que deslegitimó profundamente al franquismo. La actitud de los integrantes de la banca representó la de aquellos no relacionados con la oposición política que en lugares desmovilizados como Albacete

33. AHP, Libros de la Organización Sindical, Actas, caja 444.

34. El movimiento de banca a nivel nacional contó entre sus militantes con un buen número de despedidos, expedientados y encarcelados. Sin embargo, en Albacete, con un movimiento protagonizado por católicos con cierta ascendencia entre la jerarquía eclesiástica, que no tenían ninguna vinculación organizativa con la oposición política, la represión no pasó de amenazas, coacciones o boicots. Como dice T. Carrión «no tuvimos nunca un problema muy grave, muy grave».

«querían hacer algo y no sabían qué, y cuando se les abrió una ventana a esa ventana se acogían y sobre todo cuando la ventana tenía menos riesgos que la clandestinidad»³⁵.

35. Entrevista a Telesforo Carrión, CECLM.